



BRUNO ROSARIO CANDELIER

LA VETA MÍSTICA EN LA LÍRICA
DE GABRIELA MISTRAL

Ninguna piedra en el camino hallaste
más desnuda de luz en la alborada
que esta mujer a la que levantaste,
porque oíste su canto, la mirada.

(Gabriela Mistral, «Vergüenza»)

La creadora de la enjundiosa poesía que ha iluminado la conciencia espiritual de América desde el aliento entrañable del valle de Elqui, ha sido la inmensa lírica chilena Gabriela Mistral. Los principales biógrafos y estudiosos de esta figura cumbre de la literatura hispanoamericana han estimado que, aunque la ilustre poeta no era propiamente una mística, su poesía, su comportamiento y su visión de la vida reflejan una dimensión contemplativa y espiritual del mundo.

La mujer que nació en Vicuña en 1889, que recibió el nombre de Lucila Godoy Alcayaga y calzó su producción poética, epistolar y testimonial con el pseudónimo de Gabriela Mistral, es la educadora y poeta de Chile que llevó en sus alforjas mentales, desde su infancia hasta sus días finales en 1957, el aliento telúrico y cultural de su ambiente como fuente de su creación literaria, índice del amor a su patria y fragua de la impronta espiritual de su numen (Alone [1962], Goic [1982], Cárdenas [1963]).

La grandiosa veta creadora de la lírica de Gabriela Mistral fue el amor a Dios que destilan sus versos entrañables, sentimiento místico que confirma su sensibilidad trascendente, su identificación con el dolor y su compenetración con las cosas sencillas y humildes, que remarcaba el acento rural de sus orígenes y los rasgos visibles de su geografía natal. Autora de obras memorables, como *Desolación* (1923), *Ternura* (1924) y *Tala* (1938), textos que acreditaron la fama que el Premio Nobel acrecentó, signaban tres aspectos de su temperamento literario: primero, la coherencia conceptual en el uso de la palabra, señal de una clara conciencia verbal; segundo, la identificación con la chilenidad, reflejada en la mención afectuosa de su cordillera, sus mares y su tierra con sus ríos, plantas, labriegos y animales; y tercero, el vínculo de su sensibilidad espiritual y estética con el numen sagrado de lo viviente, mediante los efluvios trascendentes que su interior capturaba como un inequívoco indicio de su pasión por lo divino.

Gabriela Mistral se movía entre hondas apelaciones concitadas por la gracia de su caudalosa sensibilidad y el influjo de grandes paradigmas de la condición humana, como san Francisco de Asís y Rabindranath Tagore; grandes fuentes literarias, como la Biblia y los clásicos griegos y españoles; grandes incitaciones de la voluntad, como la doliente realidad social, el dolor humano y el anhelo de ascenso interior.

El ámbito donde la Mistral se sentía a gusto era en el reino impoluto de la realidad estética, espacio interior para la fruición de sus intuiciones profundas y usufructo de sus vivencias caudalosas con cuya sustancia articulaba el conjunto de sus creaciones poéticas. Al hablar de Gabriela como una mujer singular, uno de sus estudiosos escribe:

... No es fácil Gabriela a pesar de su apego a lo cotidiano, a sus cerros, sus frutos, sus bestiecitas que le nombraba su madre, la

que le enseñó a nombrar lo básico que es lo profundo, la aldea que cantó como Tolstói, para ser universal, tan universal como esos novelistas de la lejana y ríspida Rusia, tan insondable y a veces implacable con sus gentes, sus *mujiks* y también sus nobles en decadencia, sus delirantes historias y su poderosa poesía, como la tierra de Elqui y sus dispersas aldeas y sus tan terrenos y a la vez místicos habitantes (Zegers [2008]: 4).

Tiene Gabriela Mistral una voz poética singular y exquisita, que da cuenta de su experiencia de vida con sus percepciones fecundas, su cortejo espiritual y su talante femenino, su cosmovisión cristiana y su hondo sentido de la belleza y el misterio. *Desolación*, heraldo inicial de su enorme prestigio, anuncia la vertiente luminosa de esta agraciada poeta, cuya obra *Los sonetos de la muerte*, con la que ganó los Juegos Florales de 1914, encauza el aire romántico de una sutil melancolía bajo el eco de lo divino:

Este largo cansancio se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres, contentos de vivir...

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente...
¡Y después hablaremos por una eternidad!

Solo entonces sabrás el porqué, no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura;
sabrás que en nuestra alianza signo de astros había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

La ilustre hija del valle de Elqui proyecta en su poesía la idiosincrasia chilena de la primera mitad del siglo xx. La vida y la obra de Gabriela Mistral revelan el amor que nuestra poeta sentía por su tierra, su historia y su gente. Y confirma el talante contemplativo de su sensibilidad espiritual y estética. A pesar de las adversidades de diversa índole, incluida una inicial baja autoestima que luego superó, su talento supo aprovechar infortunios del azar o del destino.

Gabriela Mistral era, en efecto, una iluminada que vivía en medio de los hombres. Educadora y poeta, cultivaba la palabra con vocación de orfebre, tallando las imágenes que su intuición forjaba, articulando a la metáfora o al símbolo un concepto afín a su vocación religiosa bajo la huella bíblica de lo eterno. Al valor literario de su creación, Gabriela le endosaba el valor interior de resonancia suprema. Con sus intuiciones poéticas, la creadora chilena parecía vivir en contacto con las fuerzas preternaturales de las cuales recibía, por su vinculación cósmica, los efluvios de la cantera del infinito.

Concitada por la gema de la contemplación de la belleza y prevalida de la formación intelectual, Gabriela Mistral enfocaba la dimensión interna y mística de lo viviente con el sentido espiritual al modo franciscano, herencia de su devoción por el santo de Asís. Y como consignó Cecilia Meireles, ella «se alimentaba de las vivencias de su infancia, en un valle escondido, en una alta cordillera, entre grandes piedras, árboles y cielos; de su aprendizaje de la Naturaleza a los pies de un Universo puro...», para rematar con estas palabras: «... con un modo de mirar las cosas con espíritu de eternidad que tal vez era la marca de su sangre bíblica...» (Meireles [2008]: 5).

Nuestra poeta concebía la creación del mundo como la magna obra de Dios, que contemplaba extasiada y desde la cual acopiaba la lumbre de su inspiración. Tenía conciencia de sus dones y potencialidades, junto a la convicción de que estaba llamada a realizar una grandiosa obra mediante el cultivo

de las letras. Escribió la poeta en *Lagar*: «Sosegó el aletazo, / se dobló, lacia, / y me cayó a la mano / su pavesa acabada...».

Con ese singular entusiasmo, vivía en comunión con la fuente primordial de la vida y cifraba en los altos valores del espíritu, junto a la belleza de la forma, el sentido de su creación poética. Para esta inmensa poeta chilena, la palabra encarnaba el aliento de lo divino mismo, instrumento que debía dominar como la herramienta que da forma a su interpretación del mundo y sustancia a las verdades profundas que su intuición captaba.

La ternura y la piedad, actitudes con que asumía su labor educativa y creadora, indicadores son de su alma pura y de su posición solidaria con quienes carecen del pan material y espiritual. El ejercicio creativo era para la poeta chilena una necesidad espiritual que nacía de sus entrañas y que se convirtió en fragua del sentido trascendente y cauce de su sensibilidad mística. Sobre ella escribió Marie-Lise Gazarian-Gautier: «De ella recibí la mayor lección de humildad ante la vida y ante la obra. Yo la veía en acción escribir, sonreír, defender, ser muy estricta con su propia obra, autoexigente. El poema tenía que ser lo más perfecto posible, en un ascenso místico hacia lo inefable, su mensaje de amor por aquellos que no tienen voz para defenderse, su entrega incondicional por las grandes causas, su valentía por celebrar la paz en tiempos de guerra me encaminaron a lo largo de mi propia vida. Gabriela Mistral me hizo partícipe de su amor a Chile. Por ella, sin ser chilena, llegué a conocer la Cordillera, pliegue a pliegue, como si fuera mía. ¡Cuánto quería Gabriela Mistral a su patria! Pasó una vida entera cantando su belleza. *Poema de Chile* es el más hermoso testamento que deja a las nuevas generaciones del pueblo chileno» (Gazarian-Gautier [2008]: 7).

La vertiente emotiva es un rasgo dominante en la poética de Gabriela. El acento afectivo de su lírica es un sello de su creación. Ese aspecto cordial está asociado al dejo rural de sus vivencias primordiales, a la entonación patética de

sus creaciones, al canturreo jubiloso de su expresividad y al aliento trascendente de su misticismo. Esa faceta marca una «poesía lírica inspirada en poderosas emociones», como consignó la Academia Sueca cuando le otorgó el Premio Nobel de Literatura en 1945 (Quezada [2008]: 9).

Gabriela Mistral pudo engarzar, a la elaboración estética del lenguaje, los recursos lingüísticos del quehacer poético para plasmar su visión lírica del mundo y su concepción mística de lo viviente. La poeta de Chile supo, como decía William Blake, «ver un mundo en un grano de arena», en virtud de la luz interior mediante la cual podía apreciar el fundamento profundo de las cosas con su aguda conciencia de lo divino. Su visión estética entrañaba una connotación mística derivada de su intuitiva conciencia de lo Absoluto. Veía en la belleza de lo viviente un signo de emanación de lo divino.

Fruto de su convicción espiritual y estética, su sensibilidad experimentaba el «dolorido sentir», al modo de Garcilaso de la Vega; de su corazón manaba el sentimiento de ternura fraterna, al modo del Poverello de Asís; y de su alma brotaba la vocación mística de deificación, al modo de san Juan de la Cruz. Paralelamente, de su lenguaje nace una expresión armoniosa, enfática y dulce que plasma su visión amorosa del mundo mediante descripciones, retratos y prosopopeyas; de su palabra mana una manera elocuente y jubilosa que hace sensible la emoción estética de su lírica mediante la humanización de imágenes; y de su expresión fluye un decir diáfano y prístino mediante epítetos y comparaciones que canalizan la faceta primordial y primorosa de las cosas como signo sensible de lo divino mismo.

En sus poemas apreciamos elocuentes figuras literarias, como «la fiebre que está en tus piedras gimiendo»; «su leño amarillento y de venas ensangrentadas»; «un álamo plateado, el candor de rebaños y un río con gemido»; «tienen las barcas cabelleras de jarcias, pecho de velamen duro»; «camina pisando su jugarreta de sombra»; «y salta una llamarada

que nos da a mitad del pecho», entre otras personificaciones impregnadas de datos sensoriales, belleza expresiva y sentido humanizador.

Podemos sintetizar las facetas de la lírica de Gabriela Mistral en los siguientes rasgos:

1. Expresión de una intensa emoción estética, honda y empática ante lo viviente. La veta creadora de esta genuina poeta se inspira en la cordial compenetración de una sensibilidad empática con la realidad natural y la realidad cultural hacia las que expresa un tono empático y una actitud de identificación afectiva y espiritual con lo existente:

Cuando su atmósfera de beatitud me rodeó, el mareo de la ciudad desapareció i la hora del Ensueño tocó en mi alma. Una música amada, música que había arrullado mis sueños de niña, llegando a mi cuna en una oleada adorante, sentí junto a mí. Era el canto del río que arrastraba bajo mis pies sus ondas azules.

¡El mismo río de mi valle inolvidable! Me pareció ver flotar en su corriente, las violetas i los juncos de mi aldea: ¡Los hermanos de mi vida! (Manzano [2008]: 12).

2. Aliento amoroso del ágape entrañable con reiterada ternura consentida. Gabriela Mistral canta la emoción de sentirse parte del Universo y en tal virtud canta a la Creación y exalta el amor divino. El amor puro concitó la vena de su amena lira al conjuro del aire sutil de las ínsulas extrañas mediante el aliento incorpóreo, platónico y sublime para vivir, en la intimidad de su recámara sagrada, la dolencia divina con el rumor que alienta conjuros y pasiones a la luz de la ensoñación suprema:

Tú no oprimas mis manos.
Llegará el duradero
tiempo de reposar con mucho polvo
y sombra en los entretejidos dedos.

Y dirías: «No puedo
amarla, porque ya se desgranaron
como mieses sus dedos».

Tú no beses mi boca.
Vendrá el instante lleno
de luz menguada, en que estaré sin labios
sobre un mojado suelo.

Y dirías: «La amé, pero no puedo
amarla más, ahora que no aspira
el olor de retamas de mi beso».

[...]

No me toques, por tanto. Mentiría
al decir que te entrego
mi amor en estos brazos extendidos,
en mi boca, en mi cuello,
y tú, al creer que lo bebiste todo,
te engañarías como un niño ciego.

Porque mi amor no es solo esta gavilla
reacia y fatigada de mi cuerpo,
que tiembla entera al roce del cilicio
y que se me rezaga en todo vuelo.

Es lo que está en el beso, y no es el labio;
lo que rompe la voz, y no es el pecho:
¡es un viento de Dios, que pasa hendiéndome
el gajo de las carnes, volandero!

3. Veta patética y sublime de percepciones sensoriales y repercusiones interiores. El dolor es, en esta creadora chilena, motivo de creatividad y entrega, fuente inspiradora de

entusiasmo contagiante. Como creyente y como poeta, Gabriela supo articular la huella enalteciente de la condición humana al don con que la vida la adornó. Como cristiana, entendió que la angustia y el dolor, motivos son de catarsis purificadora para el sentido trascendente del sacrificio humano; y como poeta, aprendió que el infortunio y la nostalgia, nutrientes son de la vena inspiradora de la poesía mística, pues como dijera la poeta, «Como guarda el avaro su tesoro, / guardaba mi dolor».

4. Imbricación telúrica y cósmica con sentido estético, trascendente y simbólico. Experimentaba la poeta chilena el influjo inevitable de la tierra, la belleza del paisaje y el aire numérico del ambiente cultural. El aliento telúrico y el amor a la Naturaleza, que despertaron su sensibilidad estética y fraguaron su sentimiento cósmico, dieron pábulo a su creación de hondo aliento trascendente. En una semblanza sobre la poeta, Rolando Manzano consignó: «La interrogación esencial, la búsqueda escatológica no está en su prosa, pero se hace matriz de su voz lírica. Me atrevería a decir que en la prosa denuncia, en el verso embellece y tiembla; en su lírica está su interrogación vital, en su prosa están las respuestas. Para trazar el sendero seguido por estas voces duales de Gabriela es necesario desplegar toda su producción en sentido autónomo y temporal, sin preocuparse en demasía por lo que le almacenaron en libros» (Manzano [2008]: 14).

En «Cima», la poeta empalma el nexo del cuerpo y el alma con la Naturaleza en una simbiosis de amorosa compenetración con la esencia de las cosas, pues como dijera Evelyn Underhill, allí donde el filósofo argumenta, el místico intuye (*La Mística*, Madrid, Trotta, 2006, p. 38):

La hora de la tarde, la que pone
su sangre en las montañas.

Alguien en esta hora está sufriendo;
una pierde, angustiada,
en este atardecer el solo pecho
contra el cual estrechaba.

Hay algún corazón en donde moja
la tarde aquella cima ensangrentada.

El valle ya está en sombra
y se llena de calma.
Pero mira de lo hondo que se enciende
de rojez la montaña.

Yo me pongo a cantar siempre a esta hora
mi invariable canción atribulada.
¿Será yo la que baño
la cumbre de escarlata?

Llevo a mi corazón la mano, y siento
que mi costado mana.

5. Confluencia expresiva, ardiente y jubilosa del talante contemplativo y místico. La vocación mística entraña la vivencia de la contemplación que establece un contacto con la energía espiritual del Universo. Ese vínculo entrañable despierta la conciencia de sentirse parte del Todo con el consecuente sentimiento de coparticipación y ternura con todo lo viviente, desde la valoración de la belleza con su sentido dentro. Ya dijo Platón que el sentimiento de la belleza conduce a Dios.

La inteligencia cósmica tiene reservado a cada uno la vía para sentir el mundo como expresión de lo divino. Y cada uno hallará, a su tiempo y manera, la luz para acoplar la encomienda que el destino le tiene asignado. Por esa convicción la poeta escribió:

Ahora, Cristo, bájame los párpados,
pon en la boca escarcha,
que están de sobra ya todas las horas
y fueron dichas todas las palabras.

Me miró, nos miramos en silencio
mucho tiempo, clavadas,
como en la muerte, las pupilas. Todo
el estupor que blanquea las caras
en la agonía, albeaba nuestros rostros.
¡Tras de ese instante, ya no resta nada!

Me habló convulsamente;
le hablé, rotas, cortadas
de plenitud, tribulación y angustia,
las confusas palabras.
Le hablé de su destino y mi destino,
amasijo fatal de sangre y lágrimas.

Después de esto, ¡lo sé!, ¡no queda nada!
¡Nada! Ningún perfume que no sea
diluido al rodar sobre mi cara.

Mi oído está cerrado,
mi boca está sellada.
¡Qué va a tener razón de ser ahora
para mis ojos en la tierra pálida!
¡Ni las rosas sangrientas
ni las nieves calladas!

Por eso te pido,
Cristo, al que no clamé de hambre angustiada:
ahora, para mis pulsos,
y mis párpados baja.

Defiéndeme del viento
la carne en que rodaron sus palabras;
líbrame de la luz brutal del día
que ya viene, esta imagen.
Recíbeme, voy plena,
¡tan plena voy como tierra inundada!

La onda trascendente que alienta la lírica de Gabriela Mistral la subraya José Olivio Jiménez en este comentario: «Y le sostiene en todo momento una profunda religiosidad y una vocación por penetrar los enigmas que rodean la existencia, lo que da a su poesía una cierta calidad de inquietud y sugerencia que actúa benéficamente como contrapunto a la firmeza de su expresión poética. En esta se combinan armónicamente, sin perder la radical oposición implícita, muchos de los dualismos de su mundo espiritual: lo duro y áspero frente a la inocencia y la ternura, el dolor y la sonrisa, la fuerza y la gracia, la claridad y el misterio. Al carácter original de su poesía contribuyen no solo sus motivos y la vibración trascendente con que son sentidos, sino su lenguaje, tan personal y americano a la vez, de lo cual tenía Gabriela clara conciencia» (Jiménez [1988]: 65-66).

En efecto, la vibración trascendente de la lírica de Gabriela Mistral se funda en la vertiente espiritual de su cosmovisión, mediante la cual asume la dimensión interna y mística de lo viviente; en la visión cristiana de su formación intelectual, que dota su obra de una religiosidad profunda; en la vocación contemplativa de su franciscanismo, que alienta la faceta humanizadora de su ternura luminosa; en la connotación deificante de su idiosincrasia espiritual, que conforma la hondura sutil de su sensibilidad estética; y, desde luego, en la dimensión contemplativa de su talante místico, que confiere a su lírica un hermoso aliento iluminado.

Cuando en Francia se publicó el primer libro de la poeta chilena, Paul Valéry escribió: «Gabriela Mistral expresa, de la manera más intensa y más simple, la emoción de la vida ante la vida que ella ha formado (parte). Hay no sé qué mística fisiológica en esta “Canción de la sangre” en que la maternidad en estado puro se exhala en términos líricos y realistas: la madre ve su propia sangre en el recién nacido que duerme “con su gusto de leche y sangre”» (Prólogo de Paul Valéry para la edición del primer libro de Gabriela Mistral en francés, Retamales [2008]: 40).

Ese sentimiento materno, que la poeta experimentó sin haber parido, es expresión de la vocación de ternura y piedad de una sensibilidad mística, presente en la poeta chilena. Por eso, en «La fervorosa», escribió la gran lírica de América: «En todos los lugares he encendido / con mi brazo y mi aliento el viejo fuego». El «viejo fuego» no es sino la ardorosa llama de lo divino mismo. En una de sus primeras producciones líricas, la iluminada maestra de Elqui consignó que en su interior bullía el aliento creador de una onda sutil que la apelaba intensamente hacia las altas regiones de la pureza seráfica, apelación de la que ella se sentía indigna por la miserable condición humana que, alguna vez, experimentamos. El sentido de «El suplicio» es la inexorable saeta que atraviesa la conciencia de los elegidos cuando comprenden la elevada veta de la conciencia mística:

Tengo ha veinte años en la carne hundido
—y es caliente el puñal—
un verso enorme, un verso con cimeras
de pleamar.

De albergarlo sumisa, las entrañas
cansa su majestad.
¿Con esta pobre boca que ha mentido
se ha de cantar?

Las palabras caducas de los hombres
no han el calor
de sus lenguas de fuego, de su viva
tremolación.

Como un hijo, con cuajo de mi sangre
se sustenta él,
y un hijo no bebió más sangre en seno
de una mujer.

¡Terrible don! ¡Socarradura larga
que hace aullar!
El que vino a clavarlo en mis entrañas
¡tenga piedad!

En «Tribulación» la poeta chilena encarna el dolor que toda criatura padece en vida y pide a Dios clemencia, no para evadir la cruz que la tortura, sino para soportar con ascética disposición la carga que la agobia. Actitud encomiable y valiente de una mujer impregnada de entereza espiritual para hacer de la cantera de la vida la fragua de un ideal edificante, luminoso y pulcro:

Tú viste que dormía al margen del sendero,
la frente de paz llena;
Tú viste que vinieron a quebrar los cristales
de mi frente serena.
Sabes cómo la triste temía abrir el párpado
a la visión terrible;
¡y sabes de qué modo maravilloso hacía
el prodigio indecible!
Ahora que llego, huérfana, tu zona por señales
confusas rastreando,
Tú no esquives el rostro; Tú no apagues la lámpara...

El sentido religioso de Gabriela Mistral prohió en su creación un vínculo profundo con la tierra, la lengua, el hombre y el Cosmos mediante un sentimiento de integración y coparticipación con los efluvios del paisaje, el habla de su pueblo, el talante de su gente y el aliento intangible de lo eterno. En «Canción del destierro» consignó la poeta:

Yo sigo hablando mi español con el canturreo del valle de Elqui; yo no puedo llevar otros ojos que los que me rasgó la luz del valle de Elqui; yo no tengo un olfato sacado de esas viñas y esos higuerales y hasta mi tacto salió de aquellos cerros con pastos dulces o pastos bravos; yo sigo alimentándome cada vez que me libero del hotel odioso y de la pensión fea de las mismas cosas que me hicieron el paladar en el sentido teológico de la sal en el bautismo y hasta estoy segura de que se me han quedado casi puros mis gestos de allá: la manera de partir el pan, de comer las uvas, de poner el pie con pesantez en el suelo quebrado, de llevar la cabeza como las personas criadas con poco cielo encima y la emoción fuerte cuando me reencuentro con el mar, que es la de aquellos que no lo han tenido y escucharon hablar de él siempre como de un prodigio. Por eso me sonrío con la boca y me río en pleno con mis adentros cuando leo u oigo la noticia de mi descastamiento (Mistral-Neruda [1999]: 51).

El aporte poético de la destacada lírica chilena, mediante una articulación estética de filiación modernista, neorrealista y mística, se cifra en estos atributos:

1. Canta en versos henchidos de lirismo trascendente la emoción de sentir y ponderar el sentido de la existencia humana en sintonía con el esplendor de la Creación, de la que se siente parte integrante en virtud del vínculo divino.
2. Plasma la esencia de una creación inspirada en la realidad de sus vivencias y pasiones, nutrida en la consubs-

tanciación de los ideales, valores y principios humanizados, luminosos y trascendentes.

3. Establece una fecunda relación creadora, mediante el arte de la creación poética, entre la realidad estética, íntima y personal, con la realidad cultural, geográfica y humana y la realidad interior y mística.

Al ponderar la obra de Gabriela Mistral hemos de subrayar la cordial disposición de esta eminente creadora que hizo de la palabra poética la llama enardecida del más alto sentido de la vida a la luz de la belleza sutil y el aletazo imparable del misterio.

